FAUSTO. Pensaba que si vienen al teatro es por estar saturado de su propio actuar.

MEFISTÓFELES. Y así es, pero esperan justamente reposar en la acción de quienes creen otros, y están en su derecho de exigir movimiento a estos fantasmas.

«Más acción se vuelve menos vida», decías hace una rato.

FAUSTO. Y tú me respondías obediente: «¿Qué te habías creído?».

MEFISTÓFELES. Pues claro, mamarracho. ■

En manos del enemigo / Vis a vis en Hawai

de José Luis Alonso de Santos

Aníbal Lozano

En manos del enemigo / Vis a vis en Hawai

de
José Luis Alonso de Santos

Prólogo
José Gabriel López Antuñano

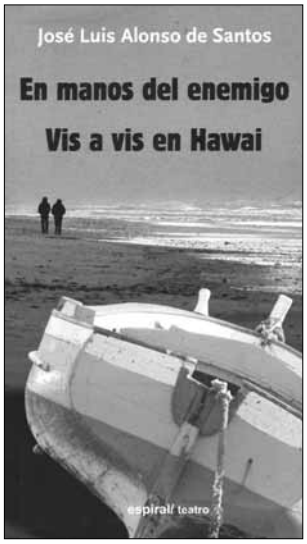
Edita
Editorial Fundamentos, 2007

Una de las recientes obras de Alonso de Santos, *En manos del enemigo,* se ve acompañada en esta edición por otra que dista de ella casi quince años, *Vis a vis en Hawai.* Sin entrar a considerar aspectos lógicos o no respecto de este hecho, me parece muy acertada la publicación de ambas por cuanto, entre otras cosas, nos ofrece una buena oportunidad para explorar el teatro de un maestro que se mueve como pez en el agua en lo que a la reflexión de los géneros —drama y comedia, según este orden de edición— se refiere. Además, este libro es una buena oportunidad para acercarse desde la observación y estudio en paralelo a la literatura dramática de un experto en la composición escénica, la personificación y en la atribución de diálogos. Si bien entre ambas piezas no hay un nexo que detalle relación alguna, es curioso que la lectura nos invite a realizar un viaje a través de una literatura comparada en lo que cada una de ellas nos aproxima. Tanto es así que en esta inmersión encontramos el asunto de los géneros literarios, drama y comedia, bajo el denominador común del taller que los enmarca como teatro cotidiano, realista, de una proyección universal por cuanto tema y personajes se nos muestran cara a cara frente a la cruda realidad.

En el espléndido prólogo de José Gabriel López Antuñano que acompaña esta edición, se nos desvela este concepto: «*Vis a vis en Hawai* y *En manos del enemigo* representan el haz y el envés de una misma moneda […] Alonso de Santos gusta subir al escenario a seres desvalidos o marginados (los emigrantes de *En manos del enemigo* o infelices de *Vis a vis en Hawai.* Personajes —continúa— que, en una palabra, sufren el hostigamiento de la sociedad que les ha tocado vivir, contra la que, en ocasiones, reaccionan con frustración, violencia o de forma delictiva». Antuñano acierta en su excelente análisis. El teatro de Alonso de Santos gira en torno a estos ejes, y el caso de estas dos obras, como se desprende de su lectura comparada —reitero que nos invita—, es un buen ejemplo.

Si *En manos del enemigo* encontramos el diálogo de dos emigrantes y la solitaria solidaridad que desprenden —alienta uno ecos de Albee y su *Historias del zoo,* más que de *Los emigrados* de Mrozeck, incluso del *Diálogo de fugitivos* de Brecht—, en *Vis a vis en Hawai* lo que nos despierta es el comportamiento de una inexistente pareja cuya ternura los convertirá en ella misma, desdoblando algo de sumo interés en el teatro de este gran autor. ¿Hay salida tras la soledad? Reconozcamos que en Alonso de Santos hay reflexión y también motivo de esperanza.

Es un escritor en cuya comedia el dibujo de Buero —permítaseme— escapa entre los poros de la humanidad, en los entresijos de donde no todo está perdido, en la veladura de una puerta que aún parece quedar abierta ante una situación desesperada, donde si bien los personajes aparentemente nada tienen que perder, es cierto que conseguirán del espectador —del lector— una complicidad tierna. Claro, la clave está en el hecho dramático que trasciende en la obra de Alonso de Santos y que no es otra cosa que un humor inteligente, un diálogo realista (se le puede



pasar que un emigrante ruso, aunque hable muy bien el castellano de Valladolid, diga: *«Llevo mucho tiempo aquí. Hace que me vine de Ucrania la tira»*), por cuanto incluso ese hecho detalla acaso incluso una ironía veraz. Hay una línea de este comicismo inteligente en ambas obras que flota en su propio intestino como resolución dramática: la amistad, en la primera, como eje de la parábola solidaria, y el sueño que escapa de la realidad, en la segunda, y que acabará creando un pálpito de esperanza en el amor recuperado.

Otro de los ejes por donde gravita el sentimiento —que no el sentimentalismo— y la emoción de este teatro se apoya en las articulaciones dramáticas y, en especial, en algo en lo que agradablemente incide Antuñano en su prólogo y que debería ser objeto de un estudio preciso: el de los receptores externos e internos del teatro de Alonso de Santos. Especialmente en estas dos piezas tienen una aparición muy evidente, por significativa y por necesaria en el resultado final de cada una de ellas. Antuñano argumenta con acierto que el receptor interno de la obra dramática, de los que se podría prescindir sin distorsionar el tema de esta, cumplen una misión de importancia: «Distanciar al espectador para que este disponga de la necesaria perspectiva para analizar con mayor profundidad las propuestas que encierran todas las obras de este autor».

Así es. Ya se trate de la odisea de los emigrantes —un ruso y un marroquí— que plantea *En manos del enemigo,* ya de la tensión de un hombre y una mujer en una celda en la que compartir en *Vis a vis en Hawai*, lo que adquiere la notoriedad del planteamiento común no solo es la reflexión de la condición humana que Alonso de Santos nos desmenuza, sino el *enviado especial* al que hace referencia en cada una de ellas, desde los personajes secundarios aparentes, el funcionario de prisiones que vigila un encuentro sexual o los vecinos de celda que comparten el mismo rato en la pieza del vis a vis o los policías que se aprovechan de la miseria de los más indefensos en el drama del enemigo. Tal es la construcción que se nos antoja intensa e impecable.

Y, concluyendo, uno quisiera regresar a la otra motivación que este teatro desprende: esa comicidad tiene, indudablemente, que ver con la estructura dramática, de la que Alonso de Santos es un experto y de la que Antuñano nos refiere dos ejes, dos técnicas sobre las que analizar la misma, «unas técnicas derivadas de la palabra; otras de los efectos cómicos visuales». Así pues, si existe un espacio de quince años entre una y otra obra, que ahora felizmente vemos publicadas, entre uno y otro tratamiento, entre la comedia irónica y el drama ironizado, deberíamos observar que este teatro tiene una vigencia incluso vertiginosa, por cuanto la realidad en este tiempo no ha fluido tan deprisa como los personajes que se nos antojan inmediatos, como el lenguaje, como las palabras y las superficies donde el conflicto humano tiene lugar.

Quizás porque estamos ante un espejo de la realidad cotidiana, tan diáfano, que en el teatro de José Luis Alonso de Santos adquiere una denominación especialmente personal, imbuida por aquel teatro de Plauto donde ya se confería el dibujo de la personificación y en cuyo conocimiento la madurez de Alonso de Santos se gesta con impecable oficio. Pasa la vida por nuestros ojos mientras leemos una pieza teatral de cuya lectura dramática no podemos desprendernos. Reímos, lloramos, e incluso nos dirigimos en el espacio y el tiempo a nosotros mismos por cuanto el teatro, mientras leemos, nos conmueve. He ahí la seducción. ■